

PROFUSION de carteles anunciaban, por paredes urbanas y subterráneas, un "Festival Mundial del Rock" para el pasado día 9. El nombre buscado para este acontecimiento, etcétera, desde luego, algo pomposo. En realidad, sólo iban a actuar tres grupos extranjeros que no pasaban de ser de segunda fila —Bishops, Flamin' Groovies y Stranglers—, un grupo español que tenía aquí su primera oportunidad de demostrar su valía, Cráter, y Burning, representantes ya clásicos del rock madrileño de barriada. En suma, un programa interesante, pero no precisamente excepcional. Organizaba Mikel Barsa, en conjunto con la compañía "Camel". Dicho festival iba a realizarse en el campo del Rayo Vallecano, lo que le añadía una nueva dimensión popular al asunto. En efecto, el barrio de Vallecas —o pueblo, habría que decir mejor— es, en estos momentos, y desde hace ya algún tiempo, un centro vivo y enormemente concienciado de sus necesidades, tanto culturales como vivenciales; desde hace dos años se están celebrando en él, y por parte de sus habitantes, actividades culturales muy interesantes; y ahora mismo está la Feria Alternativa del Libro, que supone una alternativa viva al aburrimiento de la Feria Oficial que reúne de vez en cuando a cuatro o cinco personas en la Casa de Campo. Para resumir: el festival, a campo abierto, prometía ser la primera actividad cultural rockera masiva del verano, aunque ya habíamos asistido anteriormente al maravilloso concierto que se marcaron Robert Gordon y Ian Dury —este monstruo merecería capítulo aparte— en el polideportivo del Real Madrid, al principio de la semana anterior. Pero este festival tenía otra dimensión, un alcance mucho mayor.

Pues bien, todo se quedó en fiasco. El sábado empezó con una triste lluvia de verano que ya nos hacía presagiar lo peor: es, desde luego, difícil celebrar un festival o cualquier actividad al aire libre mientras nos llueve encima. Se suponía que la cosa tenía que empezar hacia las tres de la tarde, cuando todavía la lluvia azotaba Madrid entero. Ya anteriormente se había anunciado por radio y otros medios de difusión que Flamin' Groovies no iban a poder venir, por razones extrañas y enmarañadas; sin embargo, y no estaba mal, iban a ser sustituidos por otro grupo inglés, Eddie and the Hot Rods,

Música

LAS DIFICULTADES DEL ROCK

que pasaron —como Stranglers— por punks, cuando esa palabra tenía aún vigencia. Bueno, pues no tocó nadie. Si hubieran tocado, tampoco hubiera estado la cosa demasiado bien: el público sólo podía utilizar las tribunas, mientras que el acceso a la cancha, donde estaba situado el escenario, estaba rigurosamente prohibido. Y el rock necesita, entre otras cosas, de proximidad física. Por otra parte, el sonido era insuficiente para el tipo de música que se iba a interpretar. Cosa rara y agradable, faltaba ese ambiente de campo de concentración que suele caracterizar a las concentraciones masivas de rockeros, acostumbrados a ser tratados como bestias. A pesar de la larga espera —el festival, como ya digo, estaba anunciado para las tres y a las cinco y media todavía no había pasado nada— reinaba un ambiente de diversión y marcha entre los allí reu-

nidos, casi todos jovencísimos —una media de dieciocho años— y animosos, que soportaban la lluvia y el aburrimiento con buen humor. Hasta más o menos las siete no se anunció la suspensión del concierto; y esto fue por parte de los responsables del Rayo Vallecano, no del organizador, que no había aparecido todavía; al parecer, estaba tratando de convencer a los grupos de que tocaran, pero también hay quien dice que huía del probable y justificado linchamiento.

Fuese como fuese, no hubo concierto; ningún músico de rock se atreve a tocar con un equipo de sonido mojado. La descarga puede ser fenomenal y los peligros de electrocutarse son serios. Cuando la gente se enteró de la suspensión, que fue anunciada por la megafonía del campo, se dirigió tranquilamente hacia los vomitorios de salida y luego hacia las taquillas, reclamando úni-

camente la devolución del importe de sus entradas. No hubo escándalos ni provocaciones de ningún tipo, y sería de desear que los asistentes a espectáculos de mayor consideración social se comportasen tan educadamente. Y es que los jóvenes rockeros son dulces como florecillas.

Desde luego, no se le puede echar la culpa de todo a la organización, aunque tampoco esté exenta de responsabilidad. Pero no poseían brujos ni hombres del tiempo que predijesen la lluvia para el sábado, en un mes de junio soleado como el que tenemos. Lo que pasa es que es difícil hacer rock en España, y que las dificultades están en todas partes: desde unas fuerzas represivas que todavía no comprenden la candidez intrínseca del alma rocker, hasta unos organizadores que, en su mayor parte, no pasan de ser aficionados con buena voluntad. ■ E. H. IBARS.



La magia de Sisa

Otra semana cargada de música rock, en Madrid. Robert Gordon y Ian Dury se lo montaron, durante dos días seguidos, en un pabellón de deportes mediano de público y rebosante de calor y de sonido. El espectáculo de Dury, medio poliomélico, y su espeluznante grupo The Blockheads fue, posiblemente, uno de los más fuertes y bestiales de la temporada... y de muchas venidas. Pura sensación física, balanceante desde la mera agresión decibélica hasta la sensualidad viscosa de la

puesta en escena, expresiones corporal y visual incluidas. Una bomba.

Y, pocos días después, el Sisa. El otrora cantautor, convertido con el paso del tiempo en nuestro más mágico y lúdico representante del rock a nivel individual. Una personalidad deslumbrante, imaginativa como pocos en nuestro entorno, y que sabe emplear técnicas de comunicación escasamente exploradas hasta el momento. El divertido cantante venía para presentar su último disco, "La magia de l'estudiant" (Edigsa), y para ello se rodeó de un joven conjunto de "marcha" rockera que recordaba a los grupillos de los primeros años sesenta. Sólo que los actuales sonaban bastante mejor que los Mustang, Sirex y otros que —acordémonos— tenían solamente un cierto atractivo cutre, y, pasados los años, un resabio nostálgico-camp. Lo cierto es que el Sisa se encontró muy a gusto con este quinteto de tres guitarras eléctricas, batería y órgano —este último, seguramente, el más flojo técnicamente de todos ellos—. Las viejas y nuevas canciones cobraron así acentos insospechados, llenas de riqueza expresiva, de gracia interpretativa y de ambiente colorista. En definitiva, de magia, que es el término que mejor dibuja el espectáculo de un músico, de un cantante, de un actor y de un gimnasta escénico como es Sisa. ■ ALVARO FEITO.